

Patrick Johansson, *Ritos mortuorios nahuas precolombinos*, Secretaría de Cultura del Gobierno de Puebla, 1998, 320 p., Colección Portal Poblano.

“En el principio fue la muerte...” podría parafrasearse el inteligente discurso que Patrick Johansson teje en torno a los ritos mortuorios de los nahuas en la época prehispánica. La sustancia de esa paráfrasis es, sin embargo, muy otra. No se trata simplemente de *poner de cabeza* lo dicho por Juan en su evangelio, ni de reemplazar el verbo con el mutismo de la muerte, sino de echar un vistazo con ánimo de entender siquiera a la dialéctica que nuestros indígenas establecieron como eje rector del ser: el continuo devenir, circular y eterno, de la muerte y la vida, transformándose una en otra, alternándose sin pausa en los humanos, haciéndolos uno con su propia sustancia.

Buena parte del libro *Ritos mortuorios nahuas precolombinos* está consagrada a extender frente a nuestros ojos la concepción de esa dialéctica muerte/vida y vida/muerte, enfrentándonos a las consecuencias fácticas y conceptuales que de ello se derivaron para los ancestrales habitantes del México prehispánico, pues si bien Johansson centra su atención en las creencias y prácticas de los grupos de estirpe nahua, no es menos cierto que en lo básico fueron casi idénticas a las de los mayas, otomíes, purépechas, pipiles, huastecas, totonacos, chichimecas e incluso a las de otras culturas aridoamericanas como los navajos e indios pueblo.

La raíz del pensamiento indígena es un dualismo que, como el asiático, divide y une a la vez aspectos considerados contradictorios y

antinómicos por esta extraña amalgama que suele autodenominarse “cultura occidental”. En efecto, para quienes nos hemos nutrido en ésta, la vida y la muerte, lo uno y lo múltiple, lo mortal y lo inmortal, lo divino y lo humano son términos excluyentes. “De la nada, nada se hace” dice un viejo precepto escolástico siguiendo en este punto toda la larga tradición filosófica iniciada en Grecia y continuada en Europa hasta nuestros días... El sabio indígena columbra la nada como el abismo permanentemente abierto a los pies del ser para devorarlo... y volver a restituirlo a la existencia”. No por ello es menos insondable la angustia del poeta o del *tlatimini* que ambos suelen ser uno solo en el mundo prehispánico- ante lo inexorable del *dejar de ser*; ni es menos sentida la precariedad de la vida aquí en Tlalticpac (la tierra, este mundo nuestro de todos los días). Al contrario, los cantos fúnebres como el de Nezahualcōyotl, nos recuerda Johansson en la página 204 de su bello libro, insisten: “Sólo un poco viniste a gozar de ellos, Nezahualcoyotzin. No dos veces aquí, la tierra no es la casa de nadie, no dos veces aquí en la tierra...”

¿Acaso puede pedirse una interpretación más lúcida de la esencia de la vida? Con tenacidad propia de un benedictino, Johansson nos conduce por el laberinto de los ritos mortuorios para hacernos partícipes de su significado profundo: la reintegración de lo perdurable —los huesos preciosos— al seno oscuro de la tierra para que germine la nueva vida, siempre cambiante, siempre idéntica a sí misma.

Seguramente acuden a nuestra mente las imprescindibles referencias al quehacer agrícola, que desde su inicio ha sido fuente perenne de las más entrañables metáforas con las que el hombre evoca y da a entender oblicuamente los fenómenos más relevantes para él, aquellos que, a menudo, no se atreve a mencionar en voz alta: el misterio de la concepción y nacimiento de un nuevo ser, el despertar al sexo, el toque divino del amor, la muerte...

Desde tiempos antiguos los seres humanos hemos rodeado tales momentos trascendentales (en el sentido estricto y original del término) con ritos especiales que den realce a su solemnidad. Cada cultura tiene una sensibilidad particular acerca de qué debe considerarse apropiado para cada una de esas circunstancias, y no puede sino asombrarnos la disparidad mostrada en este terreno litúrgico dada la esencial igualdad del fenómeno muerte en todo tiempo y lugar. En efecto, si para los dolientes romanos era adecuado vestirse de negro para acompañar a sus muertos y seguirlos con teas encendidas y en silencio hasta la pira —al menos mientras duró la costumbre de incinerar los cadáveres—, los deudos chinos prefieren (pues aún lo hacen) vestirse de riguroso blanco y rodear a sus difuntos de música estridente y el atronador

ruido de los cohetes. Hoy no hay menos sino más diversidad de ritos fúnebres en el mundo, pero en esta parcela llamada México hemos tendido a uniformarnos en ese aspecto como en los demás, aunque aquí y allá, en sitios insospechados se mantiene floreciente la diversidad ritual de nuestros orígenes.

Nadie podría afirmar que el “encuentro de dos mundos” como ha sido llamado poco ha para *desteñir* la coloración negativa del hecho brutal de la conquista causó poco asombro a los naturales, porque sería tanto como querer tapar el sol con un dedo. Todo lo contrario. Así como el paisaje, la gente, las riquezas, la enorme variedad de productos de la tierra maravillaron a los conquistadores, no menos que las costumbres tan diferentes a las *de Castilla*, también a los distintos pueblos habitantes de “Culúa” —como decían al extenso territorio dominado por los mexicas— les causó extrañeza y aun espanto que pudiera haber en el mundo (literalmente “andar” en él) hombres tan extraños como los recién llegados y con costumbres inimaginables para los pueblos prehispánicos.

Al correr del tiempo, más iban a crecer el estupor y la desconfianza de los indígenas cuando, ya enterados de los rudimentos del cristianismo, comprobaran que aquellos cristianos españoles daban grandes muestras de desesperación y terror con ocasión del fallecimiento de uno de los suyos. ¿Acaso no predicaban los frailes la inmortalidad del alma y la vida eterna en el más allá? Entonces, ¿por qué tanto el agonizante como sus deudos hacían demostraciones tan contrarias a lo que debía ser la actitud congruente con su proclamada fe? Los sabios indígenas —los últimos *tlamatinime*— nunca pudieron entender esas actitudes incoherentes de los españoles y demás europeos. “En los tiempos de su gentilidad” ellos *sabían* y aceptaban su destino de transeúntes o *andarines* aquí en Tlaltícpac; de antemano admitían que no para siempre se venía a este mundo y, en consecuencia, se mostraban dispuestos a salir de él cuando los dioses así lo dispusieran. Como Johansson lo recuerda, los nahuas poseedores de la clave del inframundo, de la alternancia muerte/vida, nunca dejaron traslucir el mínimo temor en su última hora. Si lo sintieron o no, si en sus almas hubo alguna vacilación, jamás lo consignaron.

Es lástima que sepamos tan poco acerca de cómo los hombres comunes, los macehuales, encaraban la muerte, pero al mismo tiempo resulta comprensible: ellos no tenían tlacuilos que plasmaran los hechos de la gente común. Sin embargo, ya en tiempos coloniales, los frailes fueron testigos de no pocas muertes de indígenas conversos y pudieron dar testimonio no del estoicismo y conformidad de los indios, sino de esa tranquila conciencia de quien se sabe de paso por este

mundo, viajero andarín, o más bien peregrino, y ya a punto de recuperar su divina condición de germen para la nueva vida.

Para los nahuas no tenía sentido hablar del final de los tiempos, porque el suyo era un eterno devenir circular. Los ritos mortuorios ponían al cuerpo difunto en condiciones de reanudar el contacto con lo sagrado, la madre Tierra, y volver a ser uno con la sustancia viva de lo eterno.

Hoy, con nuestra vida deliberadamente “desacralizada”, en pleno delirio anticipatorio del “final de la historia” y del “fin del mundo” —mitad fanfarronada, mitad profecías hechas con temor de verlas cumplirse—, cargados de un racionalismo desencantado y un tanto cínico, y tal vez por eso mismo ansiosos de encontrar milagros genuinos, portentos y contactos con otras realidades, resulta maravilloso encontrar un libro lúcido y mágico, profundo sin asustar al lector bisoño, con una ternura tan palpable como este recién nacido *amoxtli* escrito con la pasión característica de Patrick Johansson, el nahuatlato venido de allende el mar, para reintegrarnos una hoja del gran árbol de la cultura náhuatl.